

31 de Marzo de 1909. Año VI. N.º 126.

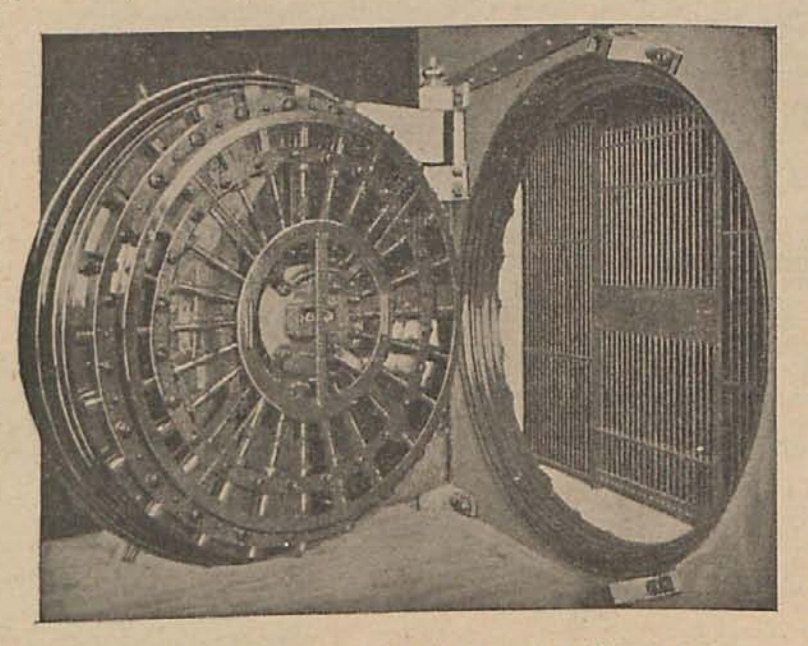
Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.º, entr.º Apartado en Correos n.º 445.

La fortuna al abrigo de los ladrones

Historia de las cajas de caudales.—Duelo entre ellas y los ladrones.—Maravillas de la mecánica.—Las modernas catacumbas.—Cámaras inexpugnables.—Los ladrones chasqueados.—Cajas de alquiler.—Bancos notables.—Novísima invención de Branly.—En la ratonera.

El diario, la novela y el teatro celebran al unísono las sorprendentes mañas de los ladrones modernos, no pasando día sin que leamos algún nuevo prodigio que nos haga admirar la audacia, la presencia de ánimo, el derroche de ingenio, la ciencia misma de los *virtuosos* profesionales del robo. ¿Cómo defenderse de la creciente audacia de los ladrones? El hombre honrado, ante tantos méritos acumulados por los criminales para atentar contra su fortuna, parece como sentirse impotente y desarmado de antemano. Sin embargo, dispone hoy en día de medios de defensa eficacísimos, y la solución para la completa seguridad de la fortuna la tiene en los perfeccionamientos crecientes de las cajas de caudales, á cuya fabricación se aplican, con raro ingenio, toda clase de adelantos científicos, constituyendo ya una verdadera maravilla de la metalurgia y de la mecánica. No sólo por su solidez y por su enorme masa pueden resistir á los ataques, sino que combinaciones secretas de intrincados aparatos aseguran su inviolabilidad, y gracias á sistemas verdaderamente maravillosos, dan la señal de alarma, denunciando la presencia del malhechor, llegando á más aún, hasta el límite de lo prodigioso, y que hace de estas máquinas casi unos seres inteligentes, pues que por ingeniosos mecanismos logran, por sí mismas, la captura del audaz ladrón.

Si aisladas las cajas presentan serias resistencias, agrupadas bajo estrecha vigilancia en los grandes establecimientos bancarios, constituyen verdaderas fortalezas inexpugnables, que burlan las mayores audacias.

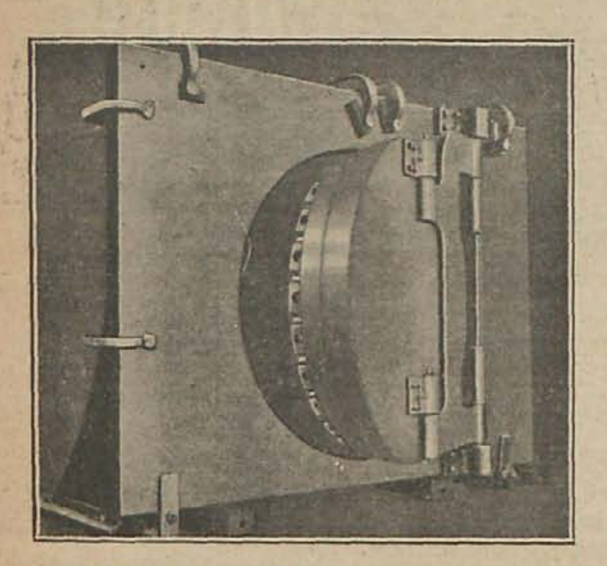


Puerta de una cámara acorazada de un Banco de los Estados Unidos.

Esta puerta, de aspecto fantástico, pesa 20.000 kilogramos. Tiene, como se ve, múltiples cerrojos y además está provista de un aparato de relojería que sólo permite abrirla á horas fijas y determinadas.

No puede darse nada más curioso que la historia de las cajas fuertes, marcada por diversas fases de una lucha continua, incesante y encarnizada entre ladrones y constructores, que van rivalizando en ingenio, atentos unos y otros á utilizar siempre en su provecho los últimos progresos de la ciencia. Muy lejos estamos ya de los procedimientos empleados por nuestros abuelos para poner á buen recaudo sus ahorros. Los escondrijos de todas clases inventados por la fantasía de los adinerados, y que tan pronto existían bajo un ladrillo, en un mueble, tras un espejo ó de un cuadro que disimulaba el hueco abierto en la pared, todo aquello desapareció, pues la gente convencióse de que no resistían al fino olfato de los ladrones. Sin embargo, existen todavía gentes cándidas y sencillas que, demasiado confiadas ó desconfiadas en extremo, no quieren separarse de su fortuna, que esconden en extraños lugares, ocasionando lances poco agradables para los capitalistas de este jaez. No ha mucho se vió un proceso de lo más divertido: una desconfiada dama, que creía más seguro su dinero teniéndolo á mano que depositado en algún banco, discurrió esconder sus títulos y billetes en el guardapiés de su cama. Tranquilamente vivía la señora, satisfecha de su ingenio; pero un día, al sacudir su guardapiés, no se apercibió de que por un descosido salían sus billetes, yendo á sem-

brar el balcón del piso inferior al suyo, de donde fueron recogidos por los inquilinos, que, poco escrupulosos, gastaron alegremente la fortuna que creyeron llovida del



Puerta de una cámara blindada de un Banco moderno. Tiene veinticuatro cerrojos. Pesa seis toneladas.

cielo. Se descubrió el hecho al fin, y de ahí el proceso, en que todo se puso en claro, dictándose sentencia condenatoria; pero el resultado fué que la señora se quedó sin su dinero, maldiciendo de su peregrino ingenio.

Otras veces, los escondrijos están bien escogidos, pero se corre el riesgo de que el tesoro desaparezca, si no para el dueño, para sus herederos. ¡Cuánto dinero no permanecerá oculto en escondidos rincones! Hace tiempo, un artista muy conocido perdió á su cara esposa y procedió á repartir algunas de sus ropas y enseres entre varias amigas y servidoras de la difunta. A una de estas últimas, entre otras cosas, le dió un corsé, y puede calcularse cuál sería la estupefacción de la sirviente cuando, arreglándole á su medida, descubrió, liados á una ballena, cuatro billetes de á 1.000 pesetas. Suerte fué para el artista que la joven era honradísima y devolvió religiosamente lo que no era suyo.

Sólidos armarios de roble, guarnecidos de hierro y provistos de formidables cerraduras y arcas pesadísimas con candados descomunales, fueron los ascendientes, los antepasados legítimos de nuestras modernas cajas de caudales; pero los ladrones de la época, armados de sierras y de cortafríos, reíanse de la fortaleza de los muebles y daban buena cuenta de lo que contenían. Llaves falsas, palanquetas y ganzúas hacían inútiles las más sólidas puertas y cerrraduras.

Nació entonces la caja exclusivamente construída para guardar caudales.

***

Desde que se imagina la construcción de las cajas fuertes, todas de acero, provistas de doble tapa ó puerta, se entabla un curioso y tenaz duelo entre ladrones y cajas-fuertes, semejante al que sostienen desde hace años los proyectiles y las corazas; cada perfeccionamiento de unos se traduce en estudios para mejorar las otras, y así sucesivamente. En el camino de buscar procedimientos de seguridad, se imaginaron cerraduras de secreto muy ingeniosas, capaces de descorazonar al malhechor más perseverante. Para resistir á las barrenas más perfeccionadas, se fabricaron placas de acero de una dureza excepcional para la época; pero, en oposición á ellas, los ladrones llamaron en su auxilio á la química y lograron forzar las fuertes corazas. Opone el constructor entonces ciencia á ciencia; sabe que la Marina emplea blindajes de acero especial, á prueba de explosivos, y á ellos recurre, dejando al ladrón, temporalmente, reducido á la impotencia.

Hacia el final del siglo XIX, consigue la metalurgia elaborar nuevos aceros al cromo y al tungsteno, de una dureza hasta entonces desconocida, y que, bajo el nombre de aceros rápidos, revolucionan la industria mecánica. Aprovéchanse en seguida los ladrones del reciente invento, y los berbiquís de acero rápido pasan á formar parte integrante de los aparatos del ladrón de fama, quien llega hasta utilizar la electricidad para manejar el instrumento, haciendo uso, cuando le conviene, de los cables conductores de energía eléctrica, y así consigue perforar los sólidos blindajes de las cajas. No cejan los constructores ante las audacias de los discípulos aprovechados de Caco y prosiguen su tarea de oposición á sus designios; se estudian nuevos procedimientos y se consigue construir corazas impenetrables para las nuevas herramientas. En seguridad se creían ya las cajas de caudales cuando aparece en escena, tras de la sorprendente licuefación del oxígeno, la lámpara ó soplete oxiacetilénico, y su primera aplicación *industrial* es el forzamiento de una caja en Marsella, de la que los ladrones se llevaron más de 100.000 francos. El mundo del robo, abierto y propicio á todo progreso que le facilite el medio de apoderarse de lo ajeno, adopta inmediatamente el aparato, y los delitos del novísimo soplete se multiplican con desconcertante rapidez; ningún acero resiste á la temperatura extraordinariamente elevada, superior á 2.500 grados, que desarrolla la combustión del acetileno en el oxígeno puro, y, por lo tanto, se hace preciso buscar, descubrir otra armadura que resista á los ilustrados cacos. En la vía de las investigaciones, se piensa en que el cemento ha hecho pruebas de extraordinaria resistencia ante el fuego, en considerables incendios, y se han fabricado ya cajas que tienen sus paredes formadas por dos placas de superiorísimo acero, entre las que se coloca una gruesa capa de un cemento especial, contra el que nada puede el soplete de oxi-acetileno.

Con esta nueva fase de las cajas de caudales parecen vencidos los ladrones, que tendrán que estudiar y discurrir mucho antes de ponerse en condiciones de vencer de nuevo á su eterno enemigo.

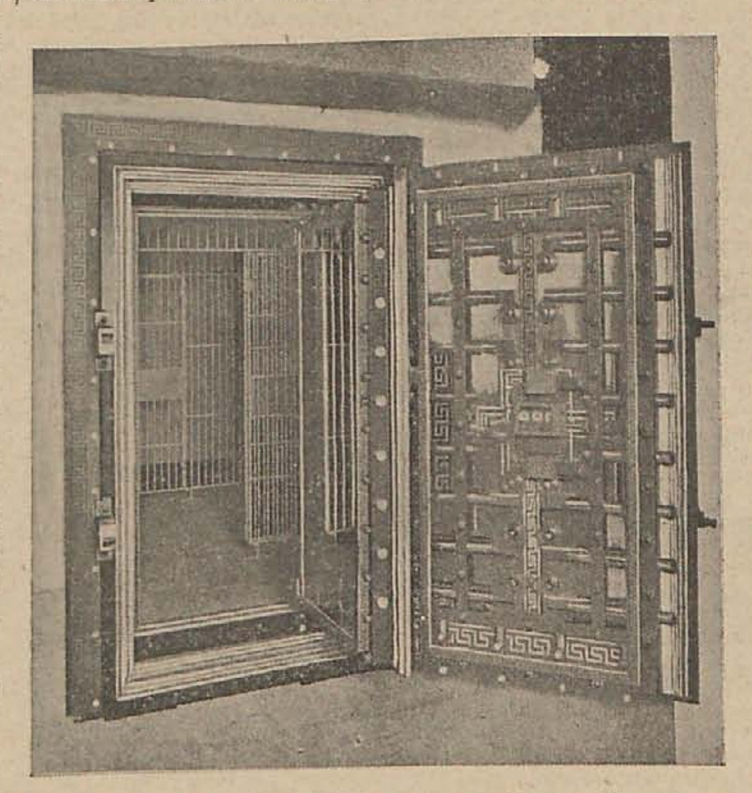
***

La fabricación de cajas-fuertes llega ya al extremo de lo inconcebible; teóricamente, no son más que unas cajas de paredes blindadas; pero prácticamente, el trabajo es delicadísimo y exige los esfuerzos disciplinados de un



Galería de cajas de alquiler para el público en un Banco inglés

numeroso personal de hábiles ingenieros y de obreros maestros en su oficio; se emplean todos los recursos de la metalurgia, de la química y de la mecánica; se pone á contribución una ciencia y una suma de ingenio que no ceden en nada, ciertamente, á las maquinaciones diabólicas del ladrón más avispado. La valía de una caja se mide, en primer término, por sus planchas, que son elegidas de una manera meticulosísima, siguiendo reglas derivadas de una gran experiencia. Las piezas delicadas y complicadísimas de las cerraduras son construídas por obreros especialistas, que son unos verdaderos artistas en la materia; cerradura que ellos construyen es prácticamente inviolable; nada puede la fuerza contra ellas; si se quieren aplicar para abrirlas las reglas del arte, es preciso pasar largas horas, y á veces días enteros para conseguirlo. Depende el cierre, como es sabido, de la cerradura y de la combinación de los botones, y aun suponiendo la llave en poder del ladrón, ignorando el secreto, es dificilísimo poder abrir. No es imposible; al contrario; matemáticamente puede encontrarse la clave de la combinación, pues que éstas son limitadas; pero calcúlese tan sólo que con tres botones pueden hacerse quince mil y pico de cifras, y dígase si no es problemático que se encuentre pronto la que sirve para colocar el mecanismo en posición de poder abrir; ¡cuánto tiempo y qué paciencia habrá que emplear!



Otro tipo de puertas de entrada en un subterráneo donde se custodian caudales. Abierta la puerta, todavía se encontrarían los ladrones con una serie de fuertes rejas ¿Quién osará entrar allí?

Por lo apuntado, se comprenderá que el moderno *coffre fort*, verdadera maravilla de la mecánica, es un mueble que ha de oponer á los malhechores extremada resistencia y que á él deben acudir cuantos quieran poner en seguridad, casi casi absoluta, su dinero, alhajas, documentos, etc , teniendo, además, en cuenta otra ventaja grandísima que reunen: su invulnerabilidad en los incendios. Nada sufren con el fuego. Se citan numerosos incendios en los que las cajas de caudales resultaron intactas é indestructibles.

* * *

Y si la caja de caudales construída con arreglo á los últimos adelantos conocidos constituye magnífica defensa, ¿qué no diremos de las formidables construcciones en que los grandes Bancos depositan los inmensos tesoros confiados á su custodia? No habiendo mejor ni más codiciable objetivo para los que sueñan en la riqueza adquirida por medio del robo que el oro amontonado en esas misteriosas cavernas, han debido preveerse cuantas eventualidades pudieran presentarse, incluso los golpes de audacia más inverosímiles, como penetración subterránea, utilizando galerías de mina, empleo de explosivos, incendios, ataques á mano armada, etc ; así es que en tales establecimientos se han acumulado, multiplicándolas, toda clase de defensas conocidas.

Inglaterra puede envanecerse de poseer una cámara blindada que, realmente, es fantástica, maravillosa. Se encuentra situada á 18 metros de profundidad bajo el nivel de la calle, y está aislada por todos lados con muros de granito de 6 metros de espesor, rodeados de una masa de agua de 1,80 metros y de otra pared blindada de acero. Por cualquier lado que se quiera llegar á la cueva se encuentra el granito, el agua y el acero. Véase si es fácil entrar en ella. En cuanto á las puertas, son absolutamente imperforables, y su enorme peso de 40 toneladas las pone al abrigo de todos los intentos de forzamiento, aun por medio de explosivos, inclusive.

En previsión de un descuido, casi imposible, dado el servicio de vigilancia exquisitamente montado, existen ingeniosos dispositivos avisadores ó de alarma; las paredes de las cámaras están revestidas de una cortina metálica unida por hilos eléctricos á numerosos timbres convenientemente colocados. La menor presión sobre los muros hace funcionar los timbres, que dan á los vigilantes la señal de alarma. Además, tanto la puerta de la cámara, como las de las cajas que contiene, están provistas de aparatos que hacen sonar los timbres desde que trata de abrirse, así es que no se abre una puerta sin que los timbres avisen. No paran en esto las precauciones adoptadas; los vigilantes, en caso de alarma, pueden accionar unos aparatos, que arrojan dentro de la cámara grandes chorros de vapor de agua á fuerte presión; una llave que se abra basta para escaldar inmediatamente á los eventuales asaltantes, haciéndoles pagar caro su audaz atrevimiento.

El Banco de Francia, donde se custodian tesoros inmensos, tiene también una cámara acorazada admirablemente dispuesta. Antes de llegar al subterráneo donde duerme el oro, es preciso franquear dos gruesas puertas de hierro, que, con razón, se tienen por inexpugnables; cada una de estas puertas, para que pueda abrirse necesita el juego de tres cerraduras, cuyas llaves están en poder de tres distintas personas. Franqueadas estas puertas, se encuentra la escalera en espiral que conduce al sótano, escalera que no permite el paso más que á una persona y que se halla interceptada por otras tres puertas magníficas por su solidez, y que tienen también tres cerraduras diferentes. Cuarenta y tres escalones es preciso bajar para encontrarse en la cueva, que tiene unos muros tan esmerada y sólidamente construídos, que están diputados como á prueba de mina. A lo largo de los muros están colocadas grandes cajas blindadas de tres metros y medio de altura, que encierran cien sacos, que, á su vez, contienen otros diez pequeños que guardan 20.000 francos, de modo que cada caja encierra la bonita cantidad de 20.000.000.

El valor del Tesoro que descansa en la mágica cueva del Banco de Francia varía según las circunstancias; pero siempre asciende á una cantidad que parece fabulosa, capaz de hacer perder la cabeza á cualquier mortal, y que bastaría, con seguridad, para hacer la felicidad de

todos los lectores de nuestra Revista. Baste decir que la existencia en oro en 1.° de enero del año actual ascendía á la friolera de 3 488.227.227 francos.

***

Guardar en la propia casa la fortuna y los objetos preciosos, imponiéndose las precauciones y vigilancia necesarias, es una carga peligrosa y delicada, y en tal materia la experiencia se suele pagar muy cara. Además, una buena caja fuerte no se abre con facilidad; pero pueden llevársela los ladrones, aun en una casa habitada, sin que nadie se aperciba, y de ello hay numerosos y célebres ejemplos. Y de ahí que se pensara en las segurísimas instalaciones de los grandes establecimientos bancarios, que sólo se utilizaban para custodiar sus valores, y que podían atender también á la guarda segura de la riqueza privada. En este asunto, como en tantos otros, se ve afirmarse una vez más la moderna ley de la especialización, de la concentración, de la solidaridad.

Hoy en día, apenas una idea surge, se lleva á la práctica venciendo todos los obstáculos, y todos los establecimientos financieros cuentan ya, aparte de las cámaras blindadas, que pudiéramos llamar propias del Banco, con otras donde se encuentran cajas de caudales para el servicio público, donde cualquiera, mediante un precio de alquiler convencional, que suele ser módico, puede guardar sus intereses con toda comodidad, teniéndolos al abrigo de toda tentativa de robo y de fractura y resguardados de incendios.

En todos los países existen estas cajas de alquiler; en España contamos con buenas instalaciones; pero como tipo de organización notable mencionaremos al Crédit-Lyonnais, de París, que en pleno boulevard de los Italianos es una fortaleza inexpugnable. En tres pisos, que descienden bajo tierra hasta 18 metros de profundidad, se alínean las cajas de caudales destinadas al público, en largas hileras uniformes, esmaltadas todas en blanco, inundadas de luz, ofreciendo á la vista un espléndido y deslumbrador aspecto, de lo más elegante. Todo en esos pisos está dispuesto de modo admirable para burlar el ingenio y osadía de los más sutiles y diestros ladrones. Cada caja, construída con arreglo á los últimos progresos, contiene cierto número de cajitas pequeñas, que son las que al público se alquilan. Las llaves de las cajas grandes se custodian en el establecimiento, y las de las pequeñas se entregan á los clientes al hacer sus arriendos. No hay en el mundo una llave igual á la entregada á cada individuo, y á más de tal garantía, cada cajita tiene su cerradura de combinación secreta. Los clientes no pueden tener acceso á sus cajas sino después de una detenida identificación personal y de prestarse á una cuidadosa verificación de los paquetes que conduzcan, para evitar de este modo que se puedan introducir en las cámaras subterráneas cartuchos, bombas ó máquinas sospechosas. Los empleados, por otra parte, siempre presentes, vigilan cada caja, prestos á dar la señal de alarma á la menor sospecha.

Llegada la noche, se cierran todas las puertas de las cajas, y empleados encargados de esta misión de confianza, proceden á establecer en los botones combinaciones secretas, cuyas claves se encierran en un sobre precintado que se guarda en la caja del Jefe de servicio. Ciérranse luego dos pesadísimas puertas enrejadas que dan acceso á las cámaras y que, además de sus complicadas cerraduras modernas, están dotadas de unos ingeniosos mecanismos de relojería que impiden que se abran hasta el día siguiente y á la hora señalada de antemano. Nadie en el mundo podrá, pues, penetrar en el subterráneo una vez que sus puertas se cierren. La entrada, utilizando galerías de mina, es igualmente imposible; el inmueble forma un verdadero islote, absolutamente aislado por un cuadrilátero de calles que le rodea, y luego de costosos y penosísimos trabajos de mina, sería preciso agujerear muros de cinco metros de espesor revestidos de fuertes capas de cemento, y hecho esto, se vendría á caer en un camino, mejor dicho, foso de ronda, que separa de arriba abajo el edificio de sus muros exteriores, camino que está constantemente recorrido por bomberos y guardianes.

La construcción misma del edificio parece descartar suficientemente el peligro de un incendio; pero, por si acaso, se dispone de aparatos que, en un momento dado, puedan inundar instantáneamente los subterráneos.

El Crédit Lyonnais dispone también de una organización especial, más gigantesca todavía, para custodiar los títulos en depósito. Allí no tiene acceso el público; una potente reja y una formidable puerta de acero, de dos hojas, impiden la entrada en el local donde más de siete millones de títulos reposan en largas series de cajas, resguardados de toda clase de tentativas criminales y de todos los accidentes. No describimos al detalle los servicios tan sabiamente organizados; todas las precauciones imaginables se han tenido en cuenta: no se ha olvidado minucia alguna, y los veinticinco mil depositantes y los innumerables rentistas cuya fortuna, alhajas, papeles de familia y títulos duermen en estas modernas catacumbas, pueden estar tranquilos respecto á su suerte, pues cuentan con todas las garantías de seguridad que ambicionar pudieran.

En cuanto á los aprovechados discípulos de Caco, gracias á estas organizaciones de defensa en común, ven reducirse de día en día el campo donde pueden realizar sus criminales hazañas y disminuir también el producto probable de sus golpes, pues el que más y el que menos sólo guarda en casa el dinero necesario para vivir al día.

***

Y ya que de esta materia nos ocupamos, debemos dar cuenta á nuestros lectores de un hecho muy reciente.

El ilustre doctor Brauly, el sabio que descubrió el principio de la telegrafía sin hilos, acaba de inventar un procedimiento notable é ingeniosísimo para dar aviso apenas se maniobre en una caja de caudales, con lo cual el ladrón no tendrá tiempo de consumar su intento.

El dispositivo imaginado por Brauly consiste, esencialmente, en unos cojinetes colocados en la cara interior de las paredes de las cajas y que están llenos de aire comprimido. Todos los cojinetes comunican entre sí y con un manómetro situado también dentro de la caja, y cuya aguja indicadora puede accionar un circuito eléctrico que hace sonar un timbre. En cualquier tentativa de fractura, el menor perforamiento, por cualquier procedimiento que se practique, influencia al manómetro, pues que el aire se escapará, y, por consiguiente, sonará el timbre. Si se abre la puerta de la caja, también funcionará el timbre, y lo mismo sucede si el hilo se corta, de modo que en todos los casos se dará la señal de alarma. El número de timbres avisadores puede ser tan grande como se desee, y puédense colocar á cualquier distancia; así es que en varios puntos á la vez se conocerá cualquier intentona criminal. Los sitios llamados á que se instalen en ellos los timbres indicadores son, á más de las habitaciones de los dueños y conserjes ó vigilantes, los puestos de Policía, que, por los timbres, sabrán dónde se intenta dar un golpe y podrán acudir prontamente, para evitarlo y capturar á los malhechores.

El aparato Brauly no sólo se aplica á las cajas aisladas, sino que sirve para montarse en todas las instalaciones de cámaras acorazadas y en los locales que hacen las veces de cajas fuertes. La Sociedad Bauche se ha asegurado la exclusiva de la explotación de este novísimo procedimiento, que hace las cajas de seguridad inviolables en absoluto.

***

Este es el estado del duelo encarnizado y tenaz que libran la caja fuerte y el ladrón; la derrota de éste parece asegurada al presente; sin duda, que á ella no se han de resignar y que intentarán por todos los medios tomar su revancha, que creemos dificilísima, dado el vuelo que han tomado las cámaras de cajas de alquiler. El teatro de operaciones de Caco quedará reducido á los hogares de la gente humilde, como los nuestros, donde apenas guardamos lo indispensable para mal vivir unos días, pues quien tenga regulares intereses que custodiar, acudirá á depositarlos en lugar seguro.

Las notables y curiosísimas fotografías que ilustran

este número mostrarán á nuestros lectores, con más elocuencia que la que podríamos emplear en enojosas descripciones, la seguridad que ofrecen los modernos progresos de la construcción de puertas destinadas á guardar fondos y, al propio tiempo, comprenderán el desaliento é impotencia de los ladrones, por audaces que sean, ante la masa enorme y las complicadísimas combinaciones de esas sorprendentes maquinarias de acero.

***

Juegan las cajas de caudales, muchas veces, proporcionando lindos chascos á los que incautamente ponen en ellas sus manos, y no terminaremos estas líneas sin detuvo aterrorizado. Un repiqueteo incesante de timbres le volvía loco. Quiso huir; corrió á la puerta, pero la encontró cerrada. Lleno de angustia el infiel empleado, se encontraba prisionero, ignorando que él mismo se había cerrado la puerta, pues al abrir la de la caja, una maravillosa combinación corría los cerrojos de puerta y ventanas. En el paroxismo de la desesperación, sin poder apenas reflexionar acerca de su situación, vió abrirse la puerta y aparecer á su amo, que, avisado por los timbres, llegaba con unos agentes para conducirle á buen recaudo

El otro suceso, absolutamente auténtico ha ocurrido en un Banco de Nueva York. Un empleado infiel, que

Corte que permite ver perfectamente la disposición del grandioso edificio del Crédit Lyonnais de París. Los tres primeros pisos, donde están instaladas las cajas de alquiler, están por debajo del nivel de la calle. En el texto explicamos la magnífica organización de este establecimiento.

citar, como final, dos hechos tan veraces como divertidos, enseñanza de incautos y demostración de lo que decíamos al empezar esta información; es á saber: que las cajas parecen, al avisar y al capturar inclusive, algo así como vivientes seres.

Tenía un joyero la costumbre de depositar en una caja de apariencia muy modesta, los collares de perlas de gran valor, las diademas de valiosos brillantes, las alhajas de rica pedrería que por la noche retiraba de sus vitrinas. Uno de sus empleados, tentado por la codicia, al contemplar á todas horas aquella riqueza, soñó con apoderarse de ella, y pensando, despierto, en lo que primero sueño fué, rindióse al fin á fatales designios y decidió poner en práctica su idea. Desconocía el secreto de la cerradura de la caja, pero aprovechando la ocasión de hallarse solo, ocasión perseguida con afán, se puso á ver el modo de abrir la caja. No poco trabajo le costó, pero consiguió ver abierta la caja, y pudo contemplar, emocionado y anhelante, el codiciado tesoro; pero apenas extendía los brazos para acariciar las preciosas joyas, se concibió la idea de cometer un robo, quedó escondido en un guardarropa, y cuando se cerró el establecimiento se dirigió á la caja de caudales, de la que presumía haber descubierto el secreto de su combinación. Así era en efecto, y provisto de aparatos á propósito consiguió su objeto y logró hacer girar sobre sus goznes la pequeña puerta de acero. Radiante de contento, extiende la mano, palpa, busca, la posa sobre un fajo de billetes, y un grito espantoso de dolor exhala, contestado súbitamente por un loco repiqueteo de timbres. Su mano, dolorida, se encuentra fuertemente agarrada por un poderoso cepo, del que no puede desasirse, y mientras lanza aullidos que el sufrimiento arranca, suenan sin cesar los timbres, que sólo enmudecen cuando los guardianes nocturnos aparecen para conducir al ladrón ante la Justicia.

Ignoraba el empleado venal que un mecanismo movía unos poderosos resortes apoyados en las paredes de la caja, desde el momento que una mano inexperta se apoyaba en los fajos de billetes, colocados sobre unos botones que accionaban el citado mecanismo.



Otra vez la guillotina.

Nuevamente el fatídico aparato ha sido montado en Albi, para ejecutar á dos criminales, y otra vez se repitió, poco más ó menos, el triste espectáculo que el mes pasado dió el pueblo de Bethune. Aplausos y vivas á Deibler al rodar al cesto las dos cabezas bruscamente separadas del tronco; multitud que invade el lugar de la expiación, ávida de presenciar la sangrienta escena; puestas en balcones y ventanas que se pagan á 25 francos, son detalles que sirven para formarse idea de los sentimientos humanitarios de una gente que tiene olvidada por completo la hermosa y caritativa máxima: *Odia el delito y compadece al delincuente.*

Muerte de un verdugo.

En una casa de la calle de la Pimienta, en Sevilla, ha fallecido Quintana Caballero, el siniestro personaje que ejercía en aquella Audiencia el odioso cargo de ejecutor de la Justicia.

Este hombre infeliz, sin familia, sin amigos, rechazado por la sociedad, vivía aislado del mundo, en una casucha de mala fama y en compañía de una mujer de su linaje.

Quintana Caballero, que era un hombre taciturno y reconcentrado, silencioso y frío como la misma muerte, hallábase enfermo desde la ejecución de los gitanos de Córdoba.

Después, la ejecución del *Conejero* impresionóle de tal manera, que se agravó en su enfermedad, hasta el punto de que la noche antes de ser ejecutado *Herrero*, fué preciso preparar al verdugo un camastro en la cárcel, para que descansara.

Así y todo, en el momento de la ejecución el verdugo de Madrid tuvo que auxiliar á Quintana, porque el estado de éste hacía temer que la macabra operación no fuera todo lo rápida que era preciso.

Desde aquel día, el tétrico funcionario se agravó, y ha muerto en la miseria, hasta el punto de que hubo que enterrarle de caridad.

Vacante su plaza, no faltarán hombres sin alma, sin corazón y sin conciencia que acudirán afanosos á la conquista del odioso y fúnebre empleo.

Nuestros sorteos

En el celebrado el día 20 del actual han resultado favorecidos los señores siguientes:

Con 10 pesetas.—D. José Azorín López, teniente de la Guardia civil, Cocentaina (Alicante).

Con una novela.—D. Francisco Fernández, cabo de banda del Regimiento de Africa, Melilla; D. Juan Mesa, corneta del Regimiento de España, Cartagena; D. José Guiñón, sargento del Regimiento de Aragón, Zaragoza; D. Anacleto Escaño, guardia civil, Benacasón (Sevilla); D. Juan García, La Coscoja (Málaga); D. Manuel Soria, corneta del Regimiento de la Lealtad, Burgos; D. Felipe Magro, cabo de la Guardia civil, Belchite (Zaragoza); D. Vicente González, guardia civil, Tiemblo (Avila); Don Eleuterio Benavente, guardia civil, Cáceres; D. Leocadio Otero, cabo de la Guardia civil, Pobes (Alava); Don Benito Fernández, teniente de Carabineros, San Carlos de la Rápita (Tarragona); D. Manuel Lázaro, sargento de la Guardia civil, Utrillas (Teruel).

A todos les hemos enviado el correspondiente regalo. El metálico, en sobre monedero, y las novelas, por correo certificadas.

La Mano Negra en acción

Policía asesinado.—Lucha contra La Mano Negra en América. Los Estados Unidos en campaña.

El asesinato del *detective* de la Policía secreta yanqui, Petrosino, cometido en Palermo en pleno día, hace que la atención pública se fije nuevamente en la famosa organización de *La Mano Negra*.

En todo tiempo ha sido Italia la patria de las sociedades secretas, que erigen el crimen en regla de conducta. Antiguamente, estos crímenes eran políticos Las sangrientas hazañas de los carbonarios, aunque indignas de ser admiradas, tenían, al menos, una excusa: el ser fruto de la opresión ejercida sobre todo un pueblo.

Pero implantado en la península un régimen ultraconstitucional, tales organizaciones dejaron de tener un carácter político, para ser francamente criminales

La *Maffia*, de Sicilia, y la *Camorra*, de Nápoles, mantuvieron, durante más de cincuenta años, un estado continuo de terror en el reino de las Dos Sicilias; y en los últimos años, su influencia se ha extendido á otros centros, de modo que las victimas aumentan cada día y la represión de los crímenes resulta casi imposible, sobre todo teniendo en cuenta que, entre los miembros de dichas organizaciones criminales, figuran individuos de la Policía, según se ha comprobado oficialmente.

Aunque semejante estado de cosas interese particularmente á Italia, no deja de interesar también á los países extranjeros, ya que ciertos miembros de estas asociaciones criminales viajan continuamente haciendo propaganda Constituyen una sección de la gran hermandad «internacional» de criminales y anarquistas, y la influencia que en esta hermandad ejercen es enorme. Sabido es que la influencia de la *Maffia* se extiende hasta América, donde el terror que inspira llega á tal grado, que el Gobierno de los Estados Unidos se ha visto obligado á dedicar una compañía especial de la Policía secreta á vigilar los movimientos de maffistas y camorristas.

El asesinato de Mr. Petrosino prueba una vez más lo que la Prensa ha dicho siempre: que las organizaciones criminales se burlan del Estado y de la Policía, y que es ya hora de que el Gobierno italiano tome severas medidas para cortar en su raíz esta organización de malhechores.

Ante el asesinato de Mr. Petrosino, súbdito americano, es muy posible que los Estados Unidos crean llegado el momento de hacer entender con energía á aquel Gobierno que no debe conceder asilo á dichos criminales, aunque el pabellón americano cubra una tierra de libertad.

Los ricos neoyorquinos, deseosos de acabar con la terrible asociación *La Mano Negra*, que les persigue de muerte, organizaron hace algún tiempo una Policía particular, encargada de descubrir á los afiliados á hermandad tan tenebrosa.

Enterados de que *La Mano Negra* neoyorquina era una prolongación americana de la de Sicilia, enviaron allí á un célebre *detective*, llamado Petrosino.

Petrosino era de origen italiano y podía, mejor que nadie, realizar una investigación provechosa. Dicho *detective* comenzó, apenas desembarcado, á practicar averiguaciones. Se enteró de muchas cosas, y envió á los Estados Unidos datos de importancia, que sirvieron para que la Policía neoyorquina realizase varias prisiones de sospechosos. Sin duda, los afiliados á *La Mano Negra* yanqui quejáronse á sus colegas sicilianos de los daños que les causaba el espionaje de Petrosino, porque éste recibió una carta en la que se le decía, poco más ó menos:

«Si no te marchas á Nueva York en el primer vapor que salga de Palermo, te matarán á tiros ó puñaladas cuando menos lo esperes.»

Petrosino no hizo caso, y continuó vigilando y enviando noticias á América, y volvieron á escribirle:

«Mañana sale un vapor. Embárcate, pues de lo contrario arriesgas la vida.»

Fué al puerto y enteróse de que, efectivamente, salía un vapor para la costa yanqui del Atlántico. Sin embargo, no se embarcó, y volvió á su alojamiento.

Al siguiente día salió muy temprano de su casa y dirigióse á uno de los arrabales, donde pensaba seguir una pista. Cuando se internaba en una callejuela, observó que le seguían desde lejos dos hombres humildemente vestidos. Siguió andando, y trató de hacer perder sus huellas á los dos sospechosos; pero cuantas veces se volvió viólos á la misma distancia. Impaciente ya, amartilló su revólver y dirigióse á ellos.

Pero de pronto ambos extendieron el brazo derecho y le hicieron dos disparos Petrosino cayó herido en un costado y en un hombro. Los asesinos huyeron, gritándole antes de desaparecer:

—¡Te suprime *La Mano Negra!*

Al ruido de los disparos acudieron algunas personas, que llevaron al infeliz policía á una Casa de Socorro. En ella declaró lo narrado más arriba, y expiró á las pocas horas. Sus asesinos no han sido capturados, y desconfíase de que puedan serlo, pues esta clase de crímenes casi siempre quedan impunes.

***

En Nueva York, la noticia del asesinato de Petrosino ha causado profunda impresión.

Petrosino estaba á la cabeza de una organización especial, á la que pertenecían quince *detectives*, y que perseguía á *La Mano Negra* neoyorquina

Dícese allí que, según noticias que enviara Petrosino pocos días antes de que le asesinasen, *La Mano Negra* y la *Maffia* operan en Italia y Sicilia con absoluta impunidad, porque pertenecen á ambas sociedades muchos agentes de Policía é inspectores. Estos funcionarios policíacos avisan á los facinerosos de lo tramado contra ellos por las autoridades superiores, y gracias á sus avisos, pueden escapar á todas las persecuciones y cometer sin peligro toda clase de crímenes.

Roosevelt y otros yanquis prestigiosos se han puesto á la cabeza del movimiento contra *La Mano Negra*. Los *detectives* encargados de perseguir ésta son hombres seguros, que en ningún sitio revelan la misión que realizan. Rodéanse del mayor misterio, y gracias á él pudieron hasta ahora salvar sus vidas. Cuando saben de un sospechoso, le siguen la pista, y una vez convencidos de su culpabilidad, comunican su descubrimiento á la Policía ordinaria, que se encarga de prenderle. Pero, hasta ahora, todas las detenciones realizadas han sido infructuosas. Los jefes de la tenebrosa asociación continúan ocultos, y nadie ha podido revelar sus nombres. Dícese que viven como grandes personajes; que se tratan con lo mejor de la sociedad neoyorquina; que, cuando viajan, lo hacen con todo género de comodidades y se alojan en los hoteles más caros; pero esto mismo les garantiza una impunidad casi absoluta.

Los italianos ricos están aterrorizados. Diariamente reciben cartas de *La Mano Megra* pidiéndoles dinero, y algunos de ellos tienen tanto miedo de que les asesinen, que no se atreven á salir á la calle más que en coche cerrado y escoltados por gente segura.

Se sabe de un millonario que se ha vuelto loco por dicha causa. Desde hacía algún tiempo recibía, con su correo diario, anónimos amenazadores. En ellos se le pedía dinero en gran cantidad, y se le decía que, de lo contrario sería asesinado Una tarde salió sólo á evacuar un asunto, y en pleno Broadwad, un hombre bien vestido se le acercó y le dijo rápidamente:

—Tienes tres días de plazo para cumplir lo exigido por *La Mano Negra*. No lo olvides.

Trató de hacerle detener, pero el audaz bandido desapareció como por encanto, y fué imposible encontrarle entre el gentío. A los tres días de tan desagradable encuentro, el millonario recibió un pistoletazo cuando estaba asomado á una ventana que da á su jardín Fué herido levemente, pero la agresión perturbóle tan profundamente que el miedo le ha hecho enloquecer.

La Prensa excita al Gobierno á que apoye los esfuerzos que hacen los *detectives* particulares que persiguen á *La Mano Negra* neoyorquina.

Ahora veremos si el Gobierno yanqui logra acabar con la asociación de bandoleros temibles que así perturban la vida de los poderosos acaparadores del oro, y sabremos si la tan ponderada Policía americana sirve para algo más que para divertirnos con las estupendas aventuras que todos hemos visto relatadas en diarios, y hasta representadas gráficamente en las cintas de los cinematógrafos.

El asunto bien vale la pena de que se lleve sin tregua á cabo una campaña de exterminio contra esas asociaciones de criminales, que sólo el robo y el crimen cultivan como género de vida.

Regalo explosivo.

Cuando el hombre proyecta cometer maldades, no sabe ya qué inventar para buscar la impunidad de sus crímenes y cometerlos sin personal riesgo.

Un verdadero *colmo*, ya que éstos están de moda, es lo que ha hecho un individuo en Pensylvania para vengarse de una señorita que desdeñaba sus amorosas pretensiones Se conoce que la quería tanto, que para pagar su esquivez no encontró mejor medio que suprimirla, concibiendo, para lograr su objeto, un proyecto verdaderamente original, y que debido únicamente á una verdadera casualidad, no produjo los fatales resultados para que estaba destinado.

Es el caso que la desdeñosa señorita recibió un día un paquete postal, y al abrirlo notó con agradable sorpresa que contenía un precioso y magnífico par de zapatos estilo Luis XV. No sabía ni sospechaba la *miss* quién pudiera ser el que tan extraño regalito le mandaba; pero desechando recelos, se dijo que puesto que le mandaban zapatos, nada más natural que quedarse con ellos, si le sentaban bien.

Ya se disponía á probárselos, cuando advirtió que los tacones ofrecían un aspecto algo raro. Buscando y observando, acabó por descubrir que en la suela de los tacones aparecían unos muy finos muellecitos de cobre, y siéndole aquello sospechoso continuó su detenido examen, ya muy escamada, averiguando que los tacones estaban huecos y que contenían en su interior un polvillo especial.

La *miss* supuso, y suponía bien, que todo aquello debía ser una máquina infernal y cogiendo los zapatos llevólos al laboratorio de análisis, averiguándose allí que el polvillo era dinamita, y que los muellecitos de cobre estaban en contacto con el fulminante.

Fácil es deducir lo que le hubiera sucedido á la pobre señorita si hubiera llegado á calzarse los lindos zapatitos Luis XV, pues según dictamen de peritos, contenían suficiente cantidad de explosivo para hacer volar á media docena de personas.

Púsose en movimiento la Policía, á la que no le fué muy difícil poder descubrir al remitente del *obsequio*, que resultó ser, como hemos dicho, un antiguo adorador de la *miss*, desdeñado constantemente por ella, y que de tan horrible manera pretendió vengar desvíos amorosos.

Bicicletas y crímenes

César Lombroso, el célebre criminologista italiano, truena contra la bicicleta, considerándola no sólo como causa, sino como instrumento de crímenes. En un artículo, que titula *El ciclismo en el crimen*, cita bastantes casos de robos de bicicletas ó de dinero para comprarlas, cometidos por personas que no hubieran cometido semejante delito con otro objeto. Según Lombroso, en la mayor parte de los robos y hasta de los asesinatos cometidos por jóvenes de buena familia, la vulgarísima frase de «¿quién es ella?» podría sustituirse por la de «buscad la bicicleta».

¿Será esto una exageración del sabio italiano? Ahí tienen otro argumento los detractores de la ya plebeya bicicleta.

Crímenes de mujeres

Desde hace años, en España, como en Francia, los jurados se muestran rehacios á imponer la pena de muerte á mujeres.

A juzgar por el número de ejecuciones llevadas á cabo en los últimos sesenta años, no siempre ha sucedido así; ó quizá fuera que las mujeres de instinto criminal han ido escarmentando ó perdiendo su ferocidad.

Interesante resulta el estudio de las ejecuciones de mujeres llevadas á cabo desde el año 1830 hasta hoy, en Francia, país donde la estadística está más adelantada que en el nuestro, y donde, por lo tanto, es más fácil reunir datos y recuerdos.

El número de mujeres ejecutadas en ese tiempo en las distintas ciudades de Francia ha sido de 31, y horroriza pensar que la mayoría de ellas subieron á la guillotina por el asesinato de parientes muy cercanos: hijos, maridos, nietos, padres, madres, suegros, tíos y abuelos, y todavía espanta más considerar que los asesinatos de hijos son más frecuentes.

En enero de 1852, una lavandera, llamada María Magdalena Pitchon, expió en el patíbulo el horrendo y lento martirio que había hecho sufrir á su hija, inocente criatura de nueve años. El año 1853, la viuda Tartif fué guillotinada, en Rennes, por envenenamiento de su hija de dos años de edad, de su nuera y de su propio marido.

El 7 de octubre del mismo año, ejecutaron en Dijon á María Gautherot, que había envenenado sucesivamente á sus dos hijos, á dos tías y á un huésped de su hotel. El año 1857, subió al patíbulo, en Lous-le Saulnier, una viuda llamada Juge, que había matado á sus tres niños, haciéndoles tragar azufre. En Puy, ejecutaron el mismo año 1857, á la viuda Heritfier, por envenenamiento de sus dos hijos pequeños.

En el pueblo, ya citado, de Lous-le-Saulnier, fué ejecutada aquel año otra mujer llamada Juilliard, que había matado á sus dos hijos, de cinco y de tres años. El mismo año, que fué verdaderamente nefasto por lo que en él abundaron los asesinatos cometidos por mujeres, fué guillotinada, en Montbrison, la Philippon, que envenenó á dos hijos suyos, de ocho y de seis años. En febrero de 1859, cortaron la cabeza en Nantes á la viuda Perraut, que había ahogado en un estanque á su hijo, niño de cinco años. En mayo de 1860, subió al patíbulo, en Estrasburgo, una mujer llamada Haumesser, que creyendo haber matado á su hija Juanita, de veintiún años de edad, despedazó su cuerpo, en el que palpitaba todavía la vida. Por último, en enero de 1876, sufrió la última pena, en Bourg, una mujer llamada Bougon, culpable del asesinato de todos sus hijos y nietos.

Por asesinato de su marido, fueron sentenciadas á muerte y ejecutadas durante esos setenta y dos años, cinco mujeres. Una de ellas, la Demanjeon, ejecutada en 1853, cortó á hachazos la cabeza de su marido, anciano de sesenta años. La Gauthier degolló, el mismo año, á su marido, en Chaumont, cortándole la laringe con una navaja de afeitar. La Guilleny mató al marido en Valence, en complicidad con su amante.

De las treinta y una mujeres criminales y ejecutadas de que hemos hablado, sólo tres fueron impulsadas al asesinato por él interés de robar ó de cobrar algún seguro.

Entre todas ellas abundan las envenenadoras.

Veamos ahora cómo murieron algunas de ellas.

La famosísima Elena Jegado, cuyos envenenamientos y cuyo proceso produjeron tan honda sensación el año 1851, confesó, en el momento mismo que subía al patíbulo en Rennes, que había envenenado á treinta personas, y que todas habían muerto en las casas donde ella había estado sirviendo en clase de cocinera.

Elena Jegado era la encarnación de la perversidad llevada hasta los últimos límites, un genio del crimen; su monomanía del envenenamiento empezó hallándose ella en el colegio, donde, á la edad de ocho años, había tratado ya de envenenar á algunas de sus compañeras.

La Gauthier, la que cortó la laringe á su marido, confesó y lamentó públicamente en el patíbulo el delito que la había llevado á él.

La Galbois, que, juntamente con su marido, había muerto en circunstancias atroces á su suegra y padre, respectivamente, subió la primera á la guillotina y lo hizo con notable valor. En cambio, el marido fué presa de violentas convulsiones y hubo que subirle á la fuerza al tablado, mientras gritaba:

— ¡Ya que mi mujer ha muerto, yo quiero vivir!

Otra criminal valiente fué la Geoffroy, que en complicidad con su marido había envenenado con arsénico, para apoderarse de una pequeña herencia, á una porción de parientes. Cuando fué á tenderse en la guillotina, dijo al verdugo:

—Salude usted en mi nombre á mi marido.

La viuda Juge, la que había matado con azufre á sus tres hijos, dijo al verdugo cuando éste iba á ejecutarla:

—No me levante usted las ropas delante de tanta gente, pues no soy ninguna mala mujer.

La Juillard, la envenenadora de sus dos hijos, cuando se acercó la hora de morir, cayó de rodillas y, después de haber rezado en alta voz, imploró el perdón de Dios y de los hombres, ofreciéndose como ejemplo á las personas que, desgraciadas como ella, sintieran la tentación de olvidar sus deberes de madre. Luego, levantándose, se entregó á los ejecutores.

La Haumesser, la que había despedazado el cuerpo, todavía vivo, de su hija, no mostró valor alguno en el patíbulo.

Terminaremos este lúgubre relato hablando de la Thomas, que el año 1887 había quemado viva á su propia madre. La parricida luchó de una manera desesperada en el patíbulo, llorando, gritando y pidiendo compasión.

Infalibilidad de la ciencia

Cuatro años en un manicomio, pendiente de informe pericial médico.

En Santiago de Galicia hállase encerrado hace *cuatro años* en el manicomio de Coryo un Sr. La Riva, rico comerciante de Caldas de Reyes, á instancia de su esposa, que incoó expediente de incapacidad de su marido.

Van transcurridos cuatro años desde su encierro y todavía no se ha dictado un fallo definitivo. Nada de extraño tiene esto; lo raro, lo curioso y ese es el motivo de ocuparnos del caso, es que lo han reconocido hasta hoy trece médicos, y veáse el acuerdo que entre ellos reina.

Dos opinan que el Sr. La Riva padece una *parálisis;* otros dos se declaran por *monomanía de grandezas;* otra pareja diagnostica *delirio crónico determinado por la ilusión del negocio;* otros dos doctores atribuyen al paciente una *manía razonadora;* pero otras dos eminencias dicen simplemente que lo que el Sr. La Riva tiene es *paranvia crónica ó delirio sistematizado crónico de forma ambiciosa, consecutivo á una melancolía consciente.*

Pero no para ahí la cosa, pues otros dos médicos que reconocieron al incapaz presunto, dictaminaron en contra de su pretendida incapacidad, y otro médico también asegura que estaba el desdichado La Riva completamente sano.

Un juez de Santiago, que por ministerio de la Ley lo reconoció, opinó que estaba cuerdo; el actual cree que está loco, *pero que debe salir del manicomio.*

¿Loco? ¿Cuerdo? ¿Sano? ¿Enfermo? ¿Qué clase de locura?

El Sr. La Riva estará en uno ó en otro estado; lo que no nos cabe duda es que de los trece médicos, doce no están en lo firme, ó están también locos. Fiemos en la infalibilidad de la ciencia, pero tengamos presente el diagnóstico célebre que acerca de la rabia daban los doctores del célebre *Rey que rabió* y no pensemos mucho en las opiniones de esos doctores, si no queremos que nos encierren también á nosotros.

¡Parálisis! ¡Manía razonadora! ¡Paranvia! ¡Delirios! ¡Monomanías! Lo dicho... todos locos.